6267

EL MUSEO LITETARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

EL LLANTO DEL COCODRILO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguito pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.

Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens
La voz de las Provincias
La carta perdida.
Los quid pro quos.
Lluvias de estio.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreu.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, ministro y lacayo.
Corona y tumba, ó el rei[illegible] Sigerico.

Duda en el alma, ó el em[illegible] de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.
Don Alonso el Sabio.

Entre bobos anda el jueg[illegible]
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmenta[illegible]
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamarit.
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cristo (*primera parte*.)
El conde de Monte-Cristo (*segunda parte*.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el a[illegible] la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madr[illegible]
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo[illegible]
El génio contra el poder, [illegible] chiller de Salamanca
El mejor alcalde el Rey
El libro negro.
El judío errante.
En el crimen va el casti[illegible] condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
Eugenia.
Eulalia.

EL LLANTO DEL COCODRILO.

EL LLANTO DEL COCODRILO,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA A NUESTRA ESCENA

POR

DON JOSÉ DE OLONA.

Representada por primera vez en el teatro del Circo la noche del beneficio de D. Julian Romea, 8 *de Enero de* 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
NARCISO (46 años).....	D. MARIANO FERNANDEZ.
DELFINA, su esposa.....	DOÑA CARMEN CARRASCO.
ALBERTO.....	D. RICARDO MORALES.
CLOTILDE, su esposa.....	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
JUAN, criado del hôtel.....	D. SERAFIN GARCIA.

La accion pasa en San Sebastian, durante la temporada de baños.

La traduccion de esta comedia ha sido hecha con la autorizacion y acuerdo de sus autores, segun lo dispone el art. 4.° del convenio sobre propiedad literaria celebrado entre España y Francia. En su consecuencia esta obra pertenece exclusivamente á su traductor, que perseguirá ante la ley al que publique ó ponga en escena cualquiera traduccion de la misma; así como al que reimprima la presente, varie el título, ó la represente sin su consentimiento, bien en algun teatro del reino, bien en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó bajo cualquiera otra forma en que se exija ó satisfaga contribucion pecuniaria, con arreglo á lo prevenido en la ley de propiedad literaria y demas disposiciones vigentes sobre el propio objeto.

Los corresponsales del Sr. D. Prudencio de Regoyos, editor de la Galería lírico-dramática EL MUSEO LITERARIO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.

NOTA. El papel de *Narciso* está escrito expresamente para que pueda ser desempeñado por un galan cómico ó por un gracioso.

Se recomienda á los directores de escena que confien el papel de *Juan* á un buen actor cómico; y á este que se pinte con arte, pero sin exageracion, y segun exige lo que de él se dice en la escena undécima y última.

ACTO ÚNICO.

Un salon de la fonda: habitaciones laterales. A la derecha [1] la de Narciso: á la izquierda la de Albert. Sofá, muebles, etc. En el fondo izquierdo una ventana.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, solo, con un plumero en la mano derecha y una servilleta en el hombro, está delante del espejo accionando y representando los siguientes versos. Despues NARCISO por el fondo derecha.

JUAN. (Declamando.) Para el rey nadie es valiente,
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente,
que el golpe de la justicia
no se vé... hasta que se siente.
(En el calor de la accion se da un golpe con el mango del plumero.) ¡Ay! (Transicion cómica.) Voy á hacer la cama del número cuatro. (Le da una voltereta al plumero, se lo coloca debajo del brazo, como si fuese un baston, y váse contoneando por la segunda puerta izquierda.)

NARC. (Entra por el fondo, muy agitado. Da un paseo por la escena. Se quita el sombrero y lo deja con fuerza sobre una mesa, exclaman-

1 Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

672506

do.) ¡Ni una sola vez! (Vuelve á dar otro paseo en silencio. Deteniéndose.) ¡Y luego dicen que la fortuna es de quien la busca! ¡Mentira! Yo busco el as de oro desde que me hice inscribir socio del casino de San Sebastian... y siempre viene antes la contraria. ¡Fíese usted de los adagios! ¡Reniego de mi suerte!... (Levantando una silla y dejándola despues con fuerza.)

JUAN. (Apareciendo en la puerta izquierda con una almohada en la mano.) ¿Ha llamado usted?

NARC. ¡No!... ¡Déjame! (Sin mirarlo.)

JUAN. (Declamando para sí.) ¡Déjame!... ¡Aparta!... ¡No te acerques!...

NARC. ¿Eh?... (Volviéndose á él.)

JUAN. ¡Señor!... su casa de usted no está en regla. A usted le pasa algo.

NARC. Pues bien, si... Me pasa que estoy furioso... contra el as de oro!... (Ap., contrariado.) ¡Se me escapó!

JUAN. (Acercándose.) ¡Ah! ¿Conque usted juega?

NARC. ¡Quieres callarte! (Inquieto.)

JUAN. ¡Ah! ¿Conque usted es jugador?

NARC. (Con entonacion.) ¡Desgraciado! (Juan da un paso hácia atrás.) Si llegas á revelar mi secreto... te meto conmigo en la diligencia y te zambullo en el primer rio por donde pasemos.

JUAN. (Dando media vuelta.) Voy á hacer la cama del número cuatro. (Váse.)

NARC. (Solo.) ¡Y yo soy hombre! ¡Y yo tengo diez mil duros de renta!... y no tengo cien reales en el bolsillo! ¡Esto es fabuloso! Hé aqui á lo que conduce el entusiasmo de la luna de miel... y el haber dicho á mi esposa en un momento de confianza conyugal: «Pichona, tú sola tendrás en adelante la llave del cajon.» Ella aceptó, vertiendo lágrimas de reconocimiento... y yo entonces, como no tenia pasiones... Pero hoy las tengo: ¡pasiones vehementes! (Delfina aparece en la primera puerta de la derecha. Ha oido las últimas palabras de Narciso.)

ESCENA II.

NARCISO y DELFINA.

DELF. ¡Ah!... ¿Conque usted tiene pasiones vehementes? Me

alegro saberlo.

NARC. (Ap.) ¡Mi mujer! (Alto y fingiéndose distraido.) ¿Eh? ¿Me decias algo?

DELF. En efecto, desde que estamos en San Sebastian gasta usted mucho, señor don Narciso.

NARC. ¡Oh, muchísimo! (Cambiando de tono.) ¿No podrias prestarme un billete de dos mil reales?...

DELO. Cuando yo me casé con usted no pretendí la posesion de esta llavecita... (Se la enseña.)

NARC. ¡Déjame siquiera que la toque! ¡Hace tanto tiempo!...

DELF. (Guardándosela.) ¡Qué disparate! ¡Un hombre que tiene pasiones!

NARC. (Ap.) ¡Me hundí!

DELF. (Pasando por delante de él.) Decia, pues, que cuando tuve el honor de casarme con usted, voté para sus gastos particulares una pension de cuatro mil reales al mes, la cual le es á usted abonada cada dia primero con la mas escrupulosa exactitud. ¡Y aun tiene usted la audacia de pedir una gratificacion!

NARC. ¡Si supieras qué caro está todo!

DELF. ¿De veras?

NARC. Y luego como el año pasado ha sido bisiesto... Eso ha trastornado todos mis cálculos.

DELF. Es usted un ingrato.—Ultimamente se le antojó á usted un caballo inglés .. y tuve la debilidad de comprárselo. (Se sienta junto al velador que hay á la izquierda.)

NARC. Me permitiré hacerte observar que todos los dias lo enganchas en tu americana, y que aun no he tenido el gusto de montarlo una vez. De modo, que á no ser que quieras que me vista de jokey, con la peluquita blanca, y un ramo de siempreviva en el ojal... Será el único medio de que pueda pasearme en mi caballo.

DELF. En fin, eso no es del caso. Lo que hay aqui de positivo es, que usted malgasta su dinero en una vida de placeres, de disipacion...

NARC. ¡De disipacion! ¡cuando apenas si me alcanza para fumar!

DELF. ¿Y el teatro?

NARC. Yo no voy sino cuando hay baile... (Rectificando.) y eso por las decoraciones.

DELF. (Con malicia) ¡Ya!—¿Y el café? ¿y las lecciones de esgrima? y...

NARC. (Interrumpiéndola.) ¡Las lecciones de... ¡Ingrata! (Sentándose á su lado.) Has olvidado lo que me dijistes tres años antes de nuestro matrimonio!

DELF. ¿Qué?

NARC. ¡Cuando te hacia la córte mas asídua!...

DELF. ¡En vida de mi esposo! ¡A ver si puede darse nada mas indigno!

NARC. La pasion lo justifica todo. Eras desgraciada, Delfina; y tus ojos casi siempre llorosos, me revelaban con elocuencia... lo poco que te divertias con mi predecesor. Yo te amaba: y una noche, mientras el tirano saboreaba un sorbete de á tercia, me atreví á declararte mi amor. Tú me respondiste con una carcajada... y la impresion me hizo caer de espaldas, con silla y todo.

DELF. (Riendo.) ¡Já!... ¡já!... ¡já!...

NARC. ¡Pues maldità la gracia que á mí me hizo! «Por qué no me ama usted?» te pregunté mas tarde. «Porque estoy casada.»—«¿Nada mas que por eso?» «Y porque es usted muy gordo.»—En efecto: yo tenia entonces un vientre enorme: es preciso ser justo. (Se levanta.) ¡Enflaquecer, ó morir! exclamé para mis adentros. Andaba mas que el procurador del Duende: valsaba con dos pesas de cien libras, diciendo á cada vuelta: «¡Es por ella, Dios mio! ¡Es por ella!» Me dediqué á la esgrima, (¡cinco horas diarias!) ¡con entusiasmo, con desesperacion! ¡El amor batia bajo mi peto! ¡La pasion reanimaba mi brazo!¡ Rompia floretes á docenas! ¡Sentia agujetas horribles!.. ¡pero me poetizaba... enflaquecia!

DELF. ¡Cómo! ¿Era por mí?

NARC. ¡Por tí sola! ¡Por tí!... (Cambiando de tono.) Dime, Delfina: ¿no tendrás en el bolsillo un billete de cuatro mil reales... como adelanto sobre mi pension del año entrante!

DELF. ¡No!

NARC. Considera que yo no puedo estar sin dinero... que mañana es el santo del gobernador...

DELF. ¿Y qué? Usted no tiene que regalarle nada al gobernador.

NARC. No... ni siquiera le conozco: pero es su santo... dia festivo...

DELF. Lo que usted quiere es poder jugar al monte en el casino.

NARC. ¡Jesus! ¡qué calumnia! ¡En mi vida he visto una carta.

DELF. No le daré á usted un cuarto: ¡no, no... y no! (Váse hácia el fondo.)

NARC. (Que se ha metido las manos en el bolsillo del pantalon, dice aparte con despecho.) ¡Que los hombres seamos tan inocentes en la luna de miel! ¡Cielos! ¡Un napoleon!

DELF. (Desde el fondo.) Lo dicho: no quiero que juegue usted... Váyase usted á pasear.

NARC. (Ap.) ¡Calle! ¡Ahora me envia á paseo!

DELF. ¡A admirar la campiña, á contemplar las olas!... (Se asoma á la ventana.)

NARC. (Ap.) Y á pescar salmonetes. Muchas gracias. ¡Bah! Quién sabe. Aun puedo armarme con este napoleon... y hasta desbancar, si me sopla un poco la fortuna. (Al volverse para ir al fondo, deja caer una silla.)

ESCENA III.

DICHOS, y JUAN.

JUAN. (Con una servilleta liada en la cabeza en forma de turbante.) ¿Me ha llamado usted?

NARC. ¡No! (Se se sienta. Delfina permanece en la ventana.)

JUAN. (Declamando para sí.)
«Llámanme el moro, y para mí este nombre...»
(Con naturalidad á Narciso.) ¿Comerán ustedes en la fonda?

DELF. ¿Eh? (Volviéndose y bajando algunos pasos. Juan se quita la servilleta.) ¡Ah! creo que es usted quien subió las maletas á mi cuarto?

JUAN. Si, señora.

DELF. Narciso: dále un napoleon á ese muchacho. (Juan tiende la mano.)

NARC. (Dando un salto desde su asiento.) ¡Un napoleon!

DELF. Y bien: ¿qué? ¿Será cosa que no tengas un napoleon?... (Se dirige á su cuarto.)

NARC. ¡Si... si tal!... y aunque fuese... (A Juan.) Toma... (Bajo á Juan.) haz como si lo hubieses recibido. (Va á seguir á Delfina.)

JUAN. ¡Un demonio! ¡señorita!... (Delfina se detiene.)

NARC. (Apresurándose á meterle el napoleon en la mano con disimulo.) ¿Qué, hombre, qué? ¿Te he dado quizás una onza?

DELF. ¿Decias algo?

NARC. (Yendo á ella.) No... nada... la sorpresa que... (Ap.) ¡As

se lo coma de jalapa! (Alto á Delfina.) Cuando quieras, pichona, cuando quieras. (Ambos entran por la primera puerta de la derecha.)

JUAN. (Con el brazo extendido, contemplando el napoleon que tiene en la palma de la mano, y declamando.)

«No es el vil interés, yo te lo juro,
quien puede conmover el alma mia!..»

NARC. (Volviendo de puntillas, y dándole un puntapie.) Devuélveme mi napoleon.

JUAN. (Se vuelve á él de pronto, y continua declamando como si semejante puntapié hubiese recibido)

«Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero...

NARC. (Continuando.)

«Que ó me das pronto el dinero...
ó dejas de vivir hoy.»

JUAN. ¡Calle! ¿Es usted quizás autor dramático?

NARC. Puede que si. Y muy dramático cuando llegan ciertas ocasiones.

JUAN. ¡Ay! ¡señorito! Si quisiera usted protegerme...

NARC. Te protegeré. Pero dame antes el diez y nueve... porque creo que es falso, y pudieras comprometerte. Te regalaré en cambio una moneda de cuatro duros.

JUAN. ¿De veras?

NARC. Dentro de un ratito.

JUAN. Ahí va. (Le da el napoleon.)

NARC. (Ap.) Poniéndolo en el as de oro...

DELF. (Desde dentro.) ¡Narciso!

NARC. Allá voy, pichona... allá voy. (Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

JUAN. Despues ALBERTO y CLOTILDE.

JUAN. (Dándose de pronto una palmada en la frente.) ¡Oh! ahora si que no me queda la menor duda. Este don Narciso es el mismo á quien yo servia todas las mañanas, cuando estaba de mozo en el Café Suizo. (Alberto y Clotilde aparecen en el fondo. Clotilde apoyada en el brazo de Alberto.)

CLOT. ¡Qué delicioso paseo!

JUAN. (Ap.) Los recien casados del número cuatro. (A ellos.) Con perdon de la compañia, ¿comerán ustedes en la fonda?

ALB. No. Si quieres, Clotilde, iremos á comer al campo.

CLOT. (Con alegria.) Si, muy lejos... bajo un árbol.

JUAN. (Ap.) ¡Luna de miel! ¡Son dichosos! Será preciso que yo me case... para probar. (Declamando.)

«Y unido en tierno lazo...»

(Transicion.) Voy á hacer la cama del número cuatro.

CLOT. ¡Qué hermoso pais! ¿verdad, Alberto?

ALB. ¡Si pudieramos vivir siempre en él!...

CLOT. ¡Qué paisajes... qué temperatura!... ¡Y luego los conciertos... los bailes... y qué lujo! ¡Todas las tiendas tan abastecidas!... ¿Has visto la del diamantista?

ALB. ¿El de la plaza?

CLOT. Si. ¡Hay unos pendientes de brillantes de tanto gusto! ¿No reparastes?...

ALB. No. Miraba en la tienda de al lado unos cigarros excelentes...

CLOT. Estan montados en plata.

ALB. ¿Los cigarros?

CLOT. ¡Y brillan!... ¡brillan de un modo!... Alberto... si quisieras ser bastante amable... me gustaria tanto tener esos pendientes!

ALB. ¿Para qué?

CLOT. Para estar linda.

ALB. ¿A quién quieres agradarle?

CLOT. A tí.

ALB. (Cogiéndole la mano.) Clotilde mia, la primera vez que te ví, llevabas una bata blanca y una rosa en la cintura...

CLOT. ¡Si, estaba vestida con una sencillez!...

ALB. ¡Y estabas tan bella! Déjame creer que nuestro amor data de ayer; déjame que te vea aun como te veia entonces... á no ser que necesite ya regalarte diamantes y prendidos para ver brillar la sonrisa en tus labios.

CLOT. ¡Oh! ¡no!

ALB. Entonces, conténtate por ahora con ser linda, con ser amada; y un dia...

CLOT. ¡Si... cuando sea fea, cuando ya no me ames!

ALB. ¡Clotilde! (Con tono de reconvencion cariñosa.)

CLOT. (Pasando por delante de él.) ¡Se acabó! no hablemos mas del asunto. Me pondré los que me distes el dia de nuestra boda... un vestido blanco y una rosa en la cintura.

ALB. ¡Clotilde mia!... (La abraza.)

CLOT. ¿Estás contento? ¿Pero qué haces? ¡Si nos vieran asi!..

¿qué dirian?

ALB. Dirian que te amo.

CLOT. ¡Pues y yo! (Alberto le besa la mano)

NARC. (Apareciendo.) ¡Fuego!

CLOT. ¡Oh! (Entra corriendo en su habitacion.)

NARC. ¡Fúgite... colomba!

ESCENA V.

ALBERTO y NARCISO.

ALB. (Reconociéndolo.) ¡Qué miro!

NARC. ¡Alberto!

ALB. ¡Narciso! (Se dan un fuerte apreton de manos.)

NARC. ¡Tú por aqui! ¡Tú!... Hace doce años que te ví partir con un discurso latino en el bolsillo... y hoy te encuentro con una mujer en los brazos! ¡Chico, has hecho progresos! ¡Te doy la enhorabuena!

ALB. Si... pero esa mujer es la mia.

NARC. ¡Casado!... ¿Estás casado? (Riendo.) Y yo tambien.

ALB. ¡Una criatura angelical!

NARC. ¡Una viuda magnífica!

ALB. ¡Una viuda!

NARC. ¡Una viuda jóven! Era mi bello ideal. Las niñas solteras, créeme, son una especie de agenda de exigencias; no conocen la vida, sus seducciones... ni sus cucañas. ¡En tanto que las viudas!... La viuda, chico, conoce lo positivo de las cosas. Ó ha sido desgraciada con su primer marido, en cuyo caso está muy bien dispuesta á amar el número dos... ó ha sido dichosa con el número uno, en cuyo caso está aun mejor dispuesta á amar el número dos. Por regla general, las viudas estan siempre dispuestas á amar todos los números. ¿Te ries? No importa, yo te convenceré en otra ocasion. Pero hablemos ahora de tí. Vamos, cuéntame...

ALB. Casado, desde hace tres meses... Un matrimonio de amor...

NARC. (Haciendo un mohin de descontento.) ¡Heemg!...

ALB. ¿Qué quieres? Todo el mundo no puede ser perfecto.

NARC. ¿Y eres tú quien guardas la llave del cajon?

ALB. (Sin comprender.) ¿La llave? ¡Sin duda! ¡Vaya una pregunta!—¿Por qué?

NARC. Por nada... (Con aplomo é importancia.) Yo tambien... ¡Yo tambien, chico! Es preciso que uno sea el amo de su casa. (Ap.) ¡Tiene la llave!

ALB. ¿Por supuesto habrás traido contigo á tu señora?

NARC. Hubiera podido dispensarme... (Reponiéndose y con cierta importancia.) No que yo ceda nunca á la menor exigencia... sino por pura galanteria... y como yo tengo la llave del cajon... ¡Pues!

ALB. ¿Qué?

NARC. Nada... que la tengo. (Le enseña una llave enorme.) No: esta es la de la cueva. (Se la vuelve á meter en el bolsillo.) Ya ves, San Sebastian es tan lindo... se come tan bien... hay tantos paseos... sin contar los bailes, los conciertos... el casino...

ALB. ¿Juegas al monte?

NARC. ¡Muy poco!... ¡muy poco! Sin hacerme notar, casi de escondite, detrás de todo el mundo... pongo de vez en cuando algunos napoleones al as de oro... No sale nunca; pero yo siempre le apunto.

ALB. (Recordando.) Casi de escondite... detrás de todo el mundo... Espera.

NARC. ¿Qué?

ALB. ¿No apuntastes anoche, tú solo, al as de oro contra unos oficiales ingleses?...

NARC. Si, cabal. Por cierto que perdí, y que los oficiales soltaron la carcajada mas espantosa... Pero como reian en inglés, no me preocupé ni lo mas mínimo.

ALB. Hicistes mal, porque se burlaban de tí. Pero afortunadamente, yo que sé inglés, tomé tu defensa y les dí una leccion de buena crianza, que debe servirles para en adelante.

NARC. ¡Es posible!

ALB. Creyendo defender solamente á un compatriota.

NARC. ¡Y defendias á un amigo! (Estrechándole la mano.) ¡Generoso Alberto! ¿Por decontado el lance no tendrá otras consecuencias?

ALB. Ninguna. Me puse á la disposicion de aquellos aturdidos...

NARC. ¡Siempre el mismo, siempre!... ¡Qué dichoso eres en ser valiente!

ALB. Tú tambien lo eres.

NARC. ¡Yo! Que te se quite eso de la cabeza. Comprendo la es-

grima como higiene... para adelgazar, con aplicacion á los pulmones; pero por lo demas, condeno el duelo como la preocupacion mas bárbara y absurda... ¡Oh! ¡el duelo!... Eso no impide que yo te agradezca con toda el alma...

ALB. ¿Quieres callarte?

ESCENA VI.

DICHOS, DELFINA, despues CLÓTILDE.

DELF. (Llamando y apareciendo al mismo tiempo.) ¡Narciso!

NARC. ¡Mi mujer! Permíteme, Delfina, que te presente mi amigo el vizconde del Alamo, mi Pilades de retórica. (Delfina y Alberto se saludan.)

ALB. Muy dichoso de poder solicitar hoy la amistad de usted.

DELF. Mi marido me ha hablado tan á menudo de usted y en tales términos... que verdaderamente...

CLOT. (Sale poniéndose los guantes.) Alberto, cuando quieras...

DELF. ¡Clotilde!

CLOT. ¡Delfina! (Se abrazan.)

NARC. (A Alberto, con alegria.) ¡Nuestras mujeres se conocen! ¡Qué placer! Si esto se pusiera en una comedia dirian los periódicos que era inverosímil.

DELF. ¡Si nos conocemos! ¡Amigas inseparables de colegio!... (A Alberto.) Cómo, caballero, ¿usted es el marido de este ángel?

NARC. (A Alberto.) Colegialas que se encuentran tienen siempre mil cosas que decirse. Conque ya estamos aqui de mas.

DELF. Hablaremos de ustedes en su ausencia.

NARC. ¡Quién lo duda! Para quitarnos el pellejo.

CLOT. (Sonriendo.) Justamente.

ALB. (A Clotilde.) ¿De veras? (Le tiende la mano; Clotilde se la estrecha.)

NARC. No las estorbemos, hombre, no las estorbe... (Llevándoselo hácia el fondo, aparte.) Voy á embarcar mi napoleon en el as de oro. (Alto.) Hasta despues.

ESCENA VII.

DELFINA y CLOTILDE.

DELF. (Cogiéndole las dos manos á Clotilde y admirándola.) Ven acá... ven... y que yo te admire. Vamos, habla: cuéntamelo todo. (Llevándola de la mano y sentándola á su lado en el sofá.)

CLOT. Tú eres quien debes hablar la primera... pues que salistes del colegio tres años antes que yo.

DELF. Tienes razon, yo soy la mas vieja... Pues bien, querida Clotilde, apenas hube salido del colegio, donde viviamos tan dichosas y tan alegres... me casé.

CLOT. Si, ¿con ese caballero amigo de Alberto?

DELF. ¿Narciso? No. ¿Conque no sabes?... Cuando me casé con Narciso (Con tono alegre.) estaba viuda.

CLOT. ¡Ah!

DELF. Si: viuda de un hombre que me hizo muy desgraciada. Ese matrimonio ponia fin á un pleito, que se remontaba, segun creo, á la primera publicacion de la bula... En fin, yo no queria volverme á casar; ¡pero Narciso es tan bueno! ¡me amaba con tanta ternura!... ¿Qué quieres? Me veia jóven, sola... Temí el aislamiento, el fastidio... y acepté.—Pero ¿y tú?

CLOT. ¿Yo? ¡Oh! ¡yo soy la mujer mas dichosa!... ¡Alberto es tan bueno!

DELF. ¡Y muy bella figura!

CLOT. (Vivamente.) ¿Verdad?

DELF. Un aire distinguido... buenas maneras... Pero ¿qué miras asi?

CLOT. Tus pendientes de diamantes.

DELF. Son muy lindos, ¿no es cierto? Ayer mismo los compré en la joyeria que hay en la plaza...

CLOT. (Tristemente.) ¡Ah!

DELF. ¿Qué quiere decir ese ¡ah! Si te gustan, acéptalos con franqueza... Ó si prefieres comprarlos, en la misma joyeria los hallarás enteramente iguales.

CLOT. Demasiado lo sé.

DELF. Pues pídeselos á tu marido.

CLOT. Ya se los he pedido.

DELF. ¿Y qué?...

CLOT. Nada. Hablemos de otra cosa.

DELF. Al contrario. No hablemos sino de lo mismo.

CLOT. Pues bien... Alberto me ha hecho comprender que...

DELF. ¿Se ha negado á comprártelos?

CLOT. (Suspirando.) Si.

DELF. Se ha neg... ¡Ay, pobre amiga mia!

CLOT. ¿Qué te da?

DELF. ¡Estás perdida! (Se levanta.)

CLOT. ¿Perdida? (Se levanta.)

DELF. ¡Una negativa! ¿Y dejas á tu marido ponerse bajo ese pie á los tres meses de matrimonio? ¡Qué imprudencia!

CLOT. ¿He estado imprudente?

DELF. ¡Mas te valiera haber perecido en Troya! La felicidad, hija mia, depende de los primeros dias de matrimonio. ¿No ha habido una buena alma que te lo haya hecho comprender asi? Hubieras debido tomar á tu cargo los gastos de la casa... ¿Ignorabas que esto fuese esencial? ¿Te ha negado una cosa una vez? Te las negará siempre todas. ¡Ah! tu buena estrella te ha traido sin duda á mi lado. ¿Deseas tener esos diamantes? Es un asunto grave, una cuestion de porvenir... ¡y los tendrás!

CLOT. Te digo que es imposible. Ya se los he pedido...

DELF. ¿Con voz dulce?... ¿con miradas tiernas?... apoyándote en su brazo?

CLOT. Si: he agotado todos los medios de seduccion.

DELF. ¡Todos. ¿Estás bien segura?

CLOT. Busco sin embargo.

DELF. (Reflexionando.) Lo busco... lo busco... y... (Fuerte exclamacion.) ¡Ah!

CLOT. (Con alegria.) ¿Lo has encontrado? ¡Qué dicha!

DELF. Si. ¡El bueno... el mejor... el infalible! ¿Sabes llorar?

CLOT. ¿Qué dices?

DELF. Tú debes saber llorar, todas las mujeres saben llorar. Escucha, Clotilde mia. Aqui, para *inter nos*, los hombres son menos malos que lo que nosotros decimos... y cuando nos ven llorar, no hay remedio, se enternecen siempre.

CLOT. ¿De veras?

DELF. Mi primer marido era un tirano, pero yo lloraba cuando me tenia cuenta... y lo veia al instante á mis pies. El segundo ha sido bueno desde el principio... no he tenido que llorar mas que una vez. (Estrechándole la mano.) ¡Oh! ¡qué dichosa me siento de haberte dado un buen consejo!

CLOT. ¡Mi querida Delfina!...

DELF. ¡La elocuencia de las lágrimas es infalible! ¿Tú conoces la historia de Francia? ¿Recuerdas á la Vallière? Tu marido no ha de ser mas cruel que Luis catorce. Prueba solamente una vez... y verás!

CLOT. ¿Pero cómo llorar, cuando no hay motivo?

DELF Se finge, hija mia. Te llevas el pañuelo á los ojos... y las lágrimas vienen naturalmente. (Alberto aparece en el fondo.) ¡Tu marido!

ESCENA VIII.

DICHOS y ALBERTO.

ALB. (Deteniéndose en la puerta.) ¿Estorbo?

DELF. Adelante.

ALB. ¿Han terminado las conferencias?

DELF. (Con desembarazo.) Si señor. Puede usted entrar. Le devuelvo á usted su Clotilde. (Bajo á Clotilde.) Te dejo con él... ¡valor! (Alto á Ablerto) ¿Sabe usted de Narciso?

ALB. No. Lo he dejado oyendo la banda militar...

DELF. No se atreve usted á decirme que está jugando. ¿Y por qué? Yo se lo perdono. ¡Las mujeres somos tan buenas! Conque hasta muy pronto. (Al llegar á la puerta de la derecha, le hace señas á Clotilde y se lleva el pañuelo á los ojos, con gestos de dolor. Alberto se vuelve maquinalmente, y ella exclama con alegre coquetería.) Hasta la vista, señor Alberto. (Desaparece.)

ALB. (Inclinándose.) Señora...

ESCENA IX.

CLOTILDE y ALBERTO.

ALB. ¡Qué amable es esa señora!

CLOT. ¡Y tan buena!.. si vieras. ¡Incapaz de dar un mal consejo... (Todo el principio de la escena con cierto embarazo.)

ALB. Narciso es tambiem un hombre excelente, y estoy seguro que la hará dichosa.

CLOT. Como que no la niega nada. ¡Es tan bueno!... Ayer mismo le ha regalado...

ALB. (Cogiendo un periódoco que hay sobre el velador.) ¿Qué?

CLOT. Unos pendientes... iguales á los que tú no has querido comprarme.

ALB. (Con cierta indiferencia y recorriendo las columnas de EL DIARIO.) ¡Ah!

CLOT. (Ap.) Delfina dice que es una cuestion de porvenir.

ALB. ¿Piensas todavia en esos diamantes?

CLOT. ¡Tendria tanto gusto en que me los regalases!...

ALB. Pero, hija, si no valen la pena... te aseguro que no los has mirado bien.

CLOT. Es un capricho: no digo que no... pero jamás he sentido tanto deseo...

ALB. (Volviéndose á ella con viveza.) ¿Eh? (Reponiéndose.) No... no... Es preciso que sea yo mas razonable que tú. No pienses mas en esos diamantes, te lo suplico.

CLOT. ¿Conque te niegas rotundamente?...

ALB. Es que semejante insistencia...

CLOT. ¡Por ocho ó diez mil reales!

ALB. No es el dinero... sino que...

CLOT. (Juntando las manos, apocando la voz, inclinando la cabeza, é imitando el gesto indicado por Delfina en la escena anterior.) ¡Alberto, Alberto mio! ¡Te lo suplico!

ALB. (Ap. mirándola con amor.) ¡Puede haber nada mas lindo!...

CLOT. (Ap. con alegria.) ¡Parece que esta vez lo he dicho bien. (Va á coger el sombrero de Alberto, y se lo presenta mirándolo siempre con ternura.) Alberto... vé por ellos... Dame ese gusto, Alberto.

ALB. (Ap.) Hubiera debido comprárselos... pero si cedo ahora estoy perdido (Cobrando ánimo.) ¡Nada! ¡firme!

CLOT. (Muy mimosa.) Hé aqui tu sombrero. (Se lo pone en la mano. Alberto vacila un momento, y exclama despues con resolucion, dejando el sombrero sobre la mesa.)

ALB. No. Yo tambien tengo mi voluntad.

CLOT. ¡Oh!

ALB. (Con impaciencia.) Te daré cualquiera otra cosa... lo que tú quieras... excepto los pendientes. (Vá hácia el fondo, paseándose con cierto enfado.)

CLOT. (Ap.) Delfina me lo ha dicho: se trata de mi felicidad. ¡Ánimo! ¡Es preciso! (Llevándose el pañuelo á los ojos y dando rienda suelta al llanto.) ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué desgraciada soy!

ALB. (Sorprendido.) ¡Eh!

CLOT. ¡A los tres meses de matrimonio!...

ALB. (Inquieto.) ¡Clotilde!...

CLOT. ¡Usted no me ama, no! ¡Usted nunca me ha amado!

ALB. ¡Y llora!

CLOT. ¡Ah! ¡Pobre mamá mia! ¡Tú sí que me amabas! ¡Tú!

ALB. (Ap. contemplándola con inquietud y arrepentimiento.) ¡Y soy yo!... ¡yo!! ¡Oh! ¡Esto es indigno de mí! (Con resolucion yendo á ella.) Vamos, Clotilde, vamos... perdóname.

CLOT. No. Déjeme usted, déjeme usted.

ALB. (Arrodillándose.) Vamos... cálmate. Mira... ya ves que estoy á tus pies.

CLOT. (Mirándolo con disimulo por debajo del pañuelo. Con alegria.) ¡Se ha arrodillado! (Sollozando.) ¡Dios mio!... ¡Dios mio! ¡Qué desgraciada soy!

ALB. No, hija mia, no. Ya verás. Voy á comprarte los pendientes.

CLOT. (Sin dejar de sollozar.) No... ya no los quiero... no los qui...

ALB. Voy á comprártelos. La tienda está un paso...

CLOT. (Id.) ¡No! ¡Lléveme usted al lado de mi madre!

ALB. ¡Si te digo que voy á comprártelos! (Ap. yéndose y mirando á Clotilde con ternura.) ¡Pobrecilla! ¡qué desinteres! ¡A todo se aviene! (Coge su sombrero, y váse apresuradamente por el fondo.)

ESCENA X.

CLOTILDE, despues NARCISO.

CLOT. (Tan luego como desaparece Alberto, cambia de repente de fisonomia.) ¡Va por ellos! (Con alegria y levantándose) ¡He triunfado! ¡Luego es cierto!... ¡Luego Delfina tenia razon!

NARC. (Saliendo por el fondo con aire contrariado.) ¡Tampoco ha querido salir esta vez el as de oro! ¿no es raro esto, señor? ¿no es?...

CLOT. ¡Ah! ¿Es usted?

NARC. (Con inquietud.) ¿Mi mujer me ha echado de menos?

CLOT. ¡Qué! ¡No señor! ¡Al contrario!

NARC. (Naturalmente) Muchas gracias.

CLOT. Hemos estado hablando de usted, eso si; y si usted supiera... Delfina es un tesoro.

NARC. (Ap.) ¡Ya lo creo!...

CLOT. ¡Tan buena! ¡tan! ..

NARC. Si... el primero de cada mes sobre todo. (Ap.) El dia que cobro... y estamos á veinticuatro... y el mes trae treinta y uno... y son los dias mas largos del año! ¡Oho! (Se pasea gesticulando con despecho y deja caer inviolentamente la caja de un juego de damas que está sobre el velador.)

CLOT. ¡Eh!

JUAN. (Apareciendo.) ¿Ha llamado usted?

NARC. (Con enfado.) ¡No!... ¡no! ¡no! ¡Parece que lo tengo colgado en las narices!

JUAN. (Recitando para sí.)
«Érase un hombre á una nariz pegado:
érase una nariz...»

NARC. Que te vayas.

JUAN. Tengo confianza, señor... tengo confianza. ¡Usted no ha de querer engañar á un pobre por cien reales mas ó menos! (Váse, protestando con el gesto la confianza que Narciso le inspira.)

NARC. (Ap.) ¡Qué humillacion! ¡y ya me ha cargado veinte reales de premio!

CLOT. ¿Le pasa á usted algo?

NARC. (Vá á referirle sus desdichas.) ¡Que si me!... (Transicion.) ¡Quiá! No señora. (Con risa forzada.) ¡Pues si soy el hombre mas afortunado!... ¡en oros sobre todo!

CLOT. ¿Cómo?

NARC. Nada, no haga usted caso. Figúrese usted que soy una sombra... la de Nino.

CLOT. ¡Cuánto tarda en volver! (Va al fondo.) ¡Ya está aqui! (Baja al proscenio y colócase de espaldas á Alberto, fingiéndose aun enfadada.)

ESCENA XI.

DICHOS y ALBERTO, con un estuche de pendientes en la mano.

ALB. (Muy contento.) ¡Clotilde!... ¡Clotilde!... (Presentándole el estuche.) Vengo á que me otorgues tu perdon.

CLOT. (Ap., sin volver la cara.) ¡Los trae!

NARC. (Sorprendido.) ¡Su perdon!

CLOT. (Ap.) ¡Pobre Alberto! ¡Haberlo engañado asi!... ¡Oh! ahora ni siquiera me atrevo á aceptarlos.

ALB. ¿Me guardas todavia rencor? ¡Si supieras cuánto trabajo me ha costado adquirirlos!

CLOT. ¿Cómo?

ALB. Un caballero los estaba ajustando...—La verdad es que son lindísimos: no sé cómo he podido rehusarte un minuto...—Yo me presenté; ofrecí mas... y salí victorioso. (Mostrándole los diamantes á Narciso.) ¡Mira, hombre, mira qué cosa tan magnífica! ¡Parecen dos ascuas de lumbre!

NARC. ¡Calle! ¡Como los de mi mujer!

ALB. ¡Justo! ¡Como los que le has regalado á tu mujer!

NARC. No: como los que mi mujer se ha regalado.

ALB. (Presentándole el estuche á su esposa.) Clotilde, te lo suplico... (Clotilde la coge con cierta timidez. Alberto exclama con alegria.) ¡Dios te lo pague! ¡Dios te lo pague!

NARC. ¡Amen!

CLOT. (Tendiendo la mano á su marido.) ¡Alberto mio!...—Voy á ponérmelos ahora mismo para que me lleves á dar un paseo. ¿Quieres?

ALB. Si... eso es. Yo mientras pondré un sobre... é iré á buscarte en seguida.

CLOT. (Ap., al marcharse.) No importa... ¡He hecho mal en mentir!

NARC. (Ap., mirando á Alberto.) ¡Está en fondos! Voy á pedirle prestado.

ESCENA XII.

NARCISO, ALBERTO.

NARC. (Estrechando la mano de Alberto con grande espansion.) ¡Este buen Alberto!... ¡Este excelente Alberto! ¡Lo mas bueno... y lo mas excelente!... (Se separa de él.)

ALB. (Con naturalidad.) ¿Vas á salir?

NARC. (Fingiendo cierta indiferencia.) Si... (Registrándose los bolsillos.) ¡Voto va!...

ALB. ¿Qué te pasa?

NARC. He olvidado sacar dinero...—¿No tendrás veinte ó treinta duros que dejarme?

ALB. Si, hombre, si.

NARC. ¿Sabes?... Por no entrar ahora en mi cuarto... Mi mujer se estará vistiendo tal vez... y aunque yo soy un tirano, siempre conviene guardar ciertas formas... ¿eh?

ALB. Bien, hombre, bien. ¡Qué tontuna! Pídeme lo que quie-

ras. (Le da unas cuantas monedas de oro.)

NARC. No... Me basta con esto. Te lo devolveré esta noche.

ALB. Cuando quieras. (Cogiendo el sombrero.)

NARC. ¿Vas á salir tambien?

ALB. Si. Voy á echar esta carta al correo, para dedicar despues todo el tiempo á mi esposa.

NARC. ¡Ajháa! ¿Como un cadete?

ALB. Como el hombre mas dichoso del mundo. Mi mujer es un ángel, amigo mio, un ángel! (Váse muy contento por el fondo.)

NARC. La mia tambien es un ángel... un ángel económico, eso si. (Contando el dinero que le ha dado Alberto.) Veinticuatro duros... en oro, para el as... idem. ¡Si yo lograra estar de vena quince minutos nada mas!... (Echando el dinero sobre la mesa, como si jugara.) ¡Juego!

JUAN. (Apareciendo.) ¿Me ha llamado usted?

NARC. (Apresurándose á recoger el dinero.) ¡No!

JUAN. (Cómicamente, imitando dos personajes de comedia, mujer y hombre.)

«¡No, no, no!
¡Si, si, si!»

¿Ha visto usted los *Diamantes de la Corona*?

NARC. ¡Tunante! ¿Es una pulla para recordarme lo que te debo?

JUAN. (Con dignidad dramática.) ¡Yo!! Tengo confianza, señor, tengo confianza. (Transicion.) Eso no impide... (Alargando la mano.)

NARC. Vamos... Acércate. ¿Son tres duros... si mal no recuerdo?

JUAN. Yo habia entendido cinco.

NARC. En fin, te daré cuatro, para partir la diferencia. (Ap.) ¡Usurero! (Alto.) Toma. (Le da una moneda de cuatro duros.)

JUAN. (Examinándola.) ¡Jí, jí, ji!... ¿No será falsa, señor?

NARC. ¡Descarado! (Amenazándolo.)

JUAN. No... como antes me dijo usted que aquel duro...

NARC. (Reconociéndolo.) ¡Pero calle! Ahora que reparo... Esa facha innoble... esa sonrisa estúpida... Yo te he visto en alguna otra parte.

JUAN. (Riendo estúpidamente.) ¡Jí, jí, jí!... si, señor. Le he servido á usted muy á menudo en el Café Suizo.

NARC. ¡Ya decia yo!... Ese cuadrúpedo no me es desconocido.

JUAN. Yo tambien lo reconocí á usted al instante; pero como no sabia que se hubiese usted casado... la verdad...

NARC. Tienes razon. He olvidado dirigirte una tarjeta de invitacion...

JUAN. Muchas gracias, señor; pero no tengo tiempo de visitar á nadie...

NARC. (Ap.) ¡Habrá bárbaro! Los aires del mar no le han hecho cambiar en lo mas mínimo.

JUAN. (Con su idea anterior.) No, señor, no. ¿Y es usted dichoso en su nuevo estado?

NARC. ¡Cómo, indiscreto Pelayo!... ¿Porque tú eres descendiente de Pelayo?

JUAN. ¿Quién es ese caballero?

NARC. (Mirándolo con asombro.) ¡Nadie, hombre, nadie! (Va á marcharse y vuelve.) ¡Ah! si mi señora pregunta por mí, dile que he ido á admirar la naturaleza. (Va hácia el fondo.)

JUAN. ¿A admirar qué?

NARC. (Deteniéndose y con fuerza.) ¡La naturaleza! (Viendo llegar á Delfina.) ¡Diablo! ¡mi mujer! (Váse de puntillas.)

JUAN. (Declamando.)
«De puntillas, moviendo la cabeza,
se largó á admirar naturaleza.»
(Con alegría.) ¡Cáspita! ¡Ya hago versos! (Con importancia y contoneándose.) ¡Ya soy poeta!

ESCENA XIII.

JUAN, DELFINA, despues CLOTILE.

DELF. ¿No anda por aqui mi marido?

JUAN. No, señora, ha ido á admirar la naturaleza. (Delfina va hácia la ventana, Juan la contempla.) ¡No importa, es una guapa hembra! ¡Ay! (Lanza un fuerte suspiro.)

DELF. (Volviéndose.) ¿Eh?

JUAN. A admirar la naturaleza. (Váse.)

DELF. (Viendo llegar á Clotilde y dirigiéndose á ella con ansiedad.) ¿Y bien?

CLOT. Deja que te abrace primero.

DELF. (Con alegria.) ¿Lo lograste al fin?

CLOT. (Mostrándole los pendientes que trae puestos.) ¡Mira! (Alberto aparece en el fondo.)

DELF. ¿Es decir que has llorado bien?

CLOT. (Bajando los ojos.) Lo mejor que he pedido. (Alberto se de-

tiene y escucha.)

DELF. (Riendo.) ¿Y él, ha estado galante, arrepentido? ¡Ah! .. ¡las lágrimas!... Es un recurso tan viejo como el amor .. y siempre surte buen efecto. ¡El pobre Alberto! .. (Riendo.) ¡Ah, ah, ah, ah!

CLOT. ¡Sin embargo... ha sido muy mal hecho!...

DELF. No seas niña, por Dios. Vé á coger tus guantes, tu sombrilla... Es preciso que esos señores nos lleven á comer al campo, que todo San Sebastian admire tus diamantes y asista á tu triunfo. Es la primera victoria... y yo soy tu maestra.—No te detengas. (Vánse vivamente cada una á su habiiacion. Esta escena ha de jugarse con suma rapidez.)

ESCENA XIV.

ALBERTO y NARCISO.

ALB. (Con ira y tirando su sombrero sobre la mesa.) ¡He sido juguete de su coqueteria! ¡Oh!... ¡Esto es indigno! (Se sienta.)

NARC. (Saliendo muy contrariado y tirando tambien su sombrero sobre la mesa.) ¡Oh! ¡Esto es indigno!

ALB. ¿El qué?

NARC. ¡El as de oro!... ¡que ha salido!

ALB. Mejor para tí. (Se levanta y pasea.) ¡Me alegro!

NARC. ¡Calla, blasfemo! habia cambiado de combinacion.... apuntaba al caballo de bastos.

ALB. ¡Ehe!... ¡Y qué me importa! (Se sienta junto al velador.) Y yo que hice la tonteria de enternecerme!

NARC. ¡Pues y yo! ¿Crees que no me he enternecido tambien? ¡no me queda un cuarto! ¡no podré pagarte hasta el dia uno! ¡Pero hombre! ¡la primera vez que no le he apuntado! (Alberto se levanta y coge su sombrero.) ¿Vuelves á marcharte?

ALB. Si. Necesito que me dé el aire. ¡La sangre me bulle en la cabeza!...

NARC. ¡Mal síntoma!

ALB. Me ahogo en esta sala.

NARC. ¿Has perdido tambien, quizás?

ALB. (Suspirando.) ¡Si!... ¡he perdido mi único tesoro!

NARC. ¿En qué carta?

ALB. He perdido la confianza... y para siempre.

NARC. (Que no lo comprende.) ¡Bah! La confianza renace... con una buena martingala.

ALB. (Colérico.) ¡Vete al infierno! ¡Has jurado desesperarme, condenado! ¿Luego no comprendes que tu mujer... y la mia, se han coaligado contra mi ventura?

NARC. (Con tranquilidad.) ¡Hombre!

ALB. Si... recurriendo á la hipocresia para obtener... lo que sin eso podia obtenerse; fingiendo lágrimas...

NARC. ¿Mi mujer ha llorado?

ALB. ¡Qué! no, la mia. En efecto, el ardid era bueno. «Llora, llora...» le decia tu mujer, «y no te negará nada.»

NARC. (Con interés.) ¿Qué me cuentas?

ALB. Nada... Déjame. Vale mas que me vaya. ¡Adios! (Váse precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XV.

NARCISO solo.

A ver... á ver qué significa... «Llora, llora» ha dicho mi mujer, ¿y no te negará nada? ¡Cáspita!... ¡Cáspita! ¡Pues es en efecto un gran recurso! La historia nos refiere que Monaldeschi empleaba este medio con mucho éxito... ¡Lo que es haber estudiado historia! (Meditando.) ¡Veamos!... veamos... Es ella: (Mirando hácia la derecha.) me marcho.

ESCENA XVI.

DELFINA entra por el fondo y CLOTILDE por la derecha.

CLOT. (Saliendo.) ¿Me he hecho esperar?

DELF. No.—Cuando quieras.

CLOT. ¿Pero y Alberto?

JUAN. ¿El señor Alberto? Lo he visto salir hace un rato...

CLOT. Lo encontraremos en la calle. (A Juan.) ¿Pero qué tiene usted.?

JUAN. Nada... no haga usted caso. Cuando uno es artista... ¡Ah! se me olvidaba... El ama me ha encargado entregarle á usted... ¿Dónde la he metido? (Registrándose.) ¡Ah! aqui está.

CLOT. ¿Una carta? ¿qué significa?...

JUAN. No lo sé, señora, no lo sé. El ama me ha dicho que se trataba únicamente de la vida del señor Alberto...

TODOS. ¡Cielos!

JUAN. Y cuando uno es artista...

CLOT. ¡De la vida de Alberto! ¡Pronto... veamos! (Abre la carta y la lee con mucha emocion.) ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... (Cae en el sofá.) ¡Está perdido!

DELF. ¡Perdido!

NARC. ¡Como yo!

DELF. (Cogiendo la carta.) ¡Veamos! (Lee.) «Señora: anoche, en el casino, su esposo de usted tomó la defensa de un extravagante, de quien se burlaban tres oficiales ingleses.»

NARC. ¡Era yo!

DELF. (Continuando.) «La leccion fué un poco dura, y lo esperan hoy para exigirle una satisfaccion. Su marido de usted es valiente: pero con tres adversarios decididos la fortuna no le será constante. Impídale usted que se presente en la sala de juego... ó está perdido sin remedio.»

NARC. ¡Animas benditas!

DELF. (A Narciso.) Pero usted, caballero, que es la causa de todo, permanece aqui todavia!... (Animándolo con la accion.) ¡Corra usted!... ¡corra usted!...

NARC. (Desconcertado y algo tembloroso.) ¡Pues ya se vé que sí!... y... ¡y ya se vé que sí! Yo hablaré á esos señores... Arreglaré el negocio... no hay cuidado, arreglaré el negocio.

DELF. (Entre turbada y cariñosa.) Si... eso es... ¡Usted es bueno!... Tú eres bueno.

NARC. (Id.) Nosotros somos buenos... no tengas cuidado.

CLOT. Por compasion... no pierda usted un momento.

NARC. ¡Esten ustedes tranquilas... muy tranquilas!... ¡Cuando yo me encargo de un asunto!... (Ap. yéndose.) ¡Cáspita! ¡Demonio!... ¡Cáscaras!...

ESCENA XVII.

DELFINA, CLOTILDE, despues ALBERTO.

CLOT. ¡Oh!... yo voy á buscar á Alberto... Me arrojaré en sus brazos... le suplicaré que no se bata!...

DELF. ¡Estás en tí! ¡Al contrario! Es preciso que ignore lo que ocurre, y hacer de modo que no pueda presentarse hoy en el casino. Mañana... con cualquier pretesto, os marchais de San Sebastian, y...

CLOT. Tienes razon: si, eso es lo mejor.—¡Pero hélo aqui! (Yendo á él.) ¡Alberto!

ALB. (Con frialdad.) ¿Qué significa esa emócion? (Baja lentamente al proscenio.)

DELF. (Bajo á Clotilde.) No sabe nada. ¡Prudencia!... é impídele que salga.

ALB. (Volviéndose á Clotilde.) ¿No respondes?

CLOT. (Dominándose.) ¿Yo?... no sé...

ALB. ¿Iban ustedes á salir?

CLOT. (Vivamente quitándose el sombrero y sentándose en el sofá.) Pero ya no salimos.

ALB. Como ustedes quieran: (Buscando con la vista.) ¿Y Narciso?

DELF. (Vivamente.) Volverá dentro de un momento.—Pero siéntese usted. (Le quita el sombrero de la mano y lo pone sobre el velador. Le indica el extremo izquierdo del sofá, y ella coge una silla y se sienta del lado allá del velador.) Ahí. Entre nosotras dos.

ALB. ¡Muchas gracias! (Se sienta.)

DELF. Clotilde y yo hablábamos de modas... de novelas... cuando usted entró.

ALB. ¡Ah!

DELF. Clotilde prefiere... Balzac.

CLOT. Y Delfina Jorge Sand. ¿Qué opinas tú?

ALB. ¿Yo? que todas los novelas se parecen. Siempre hay una heroina desgraciada... que llora; y un hombre bastante cándido que se deja engañar por las lágrimas. ¿No es cierto, Clotilde?

DELF. (Sonriendo.) ¡Dios mio!... ¡y con qué tono nos lanza usted esa frase!

ALB. Tiene usted razon. He hecho mal.—Conque decidida-

mente comeremos en el campo. (Mirando su reloj) No son mas que las cinco: aun tengo una hora de que disponer.

(Va á levantarse: Clotilde y Delfina, cada una por su lado lo detienen suavemente, y dicen á la vez con cierta ligera coqueteria.)

CLOT. ¿Vas á salir?

DELF. ¿Va usted á salir?

ALB. Si.

CLOT. ¡Oh! no salgas. (Disimulando mal su alarma.)

ALB. ¿Por qué?

DELF. ¿Por qué? (Señalando hácia la ventana.) ¿Pues no está usted viendo aquella nube negra... que amenaza una gran tempestad?

ALB. Tanto mejor. Nada hay tan bello como una tempestad que estalla en medio de las montañas!—Voy á buscar á Narciso. (Se levanta y va hácia el fondo)

CLOT. (Levantándose.) ¡Alberto!

ALB. (Deteniéndose.) ¿Me llamas?

CLOT. Alberto... yo te lo ruego... quédate aqui... á mi lado.

ALB. (Con frialdad y saludándolas.) Hasta dentro de una hora.

CLOT. ¡Alberto!... si me amas no me prives por Dios de tu presencia. (Cogiéndole la mano.)

ALB. En verdad que no acierto á explicarme esa insistencia.

CLOT. Es un capricho.

ALB. Permíteme que no lo satisfaga.

CLOT. ¡En nombre del cielo, Alberto!

DELF. (A Alberto.) ¡Pero no está usted viendo que llora!

ALB. ¡Ah!... ¡otra vez! (A Clotilde.) ¿Quieres ya cambiar los pendientes?

CLOT. ¡Oho!... (Cae en el sofá y oculta el rostro con ambas manos.)

ALB. (A Delfina, con galanteria.) Su discípula de usted ha hecho grandes progresos, ¿no es cierto, señora? Pero por desgracia ha cantado usted muy alto la victoria, y yo he oido el himno... allí... en palco principal.

CLOT. ¡Ya nunca me creerá!

ALB. ¡No!... ¡nunca mas!... ¡porque me ha engañado usted una vez! Usted estaba segura de que sus lágrimas caerian en mi corazon... y ha recurrido á un llanto de comedia para enternecerme... para reirse de mí despues ¡Y qué importaba que yo le pidiese de rodillas mi perdon, si la comedia habia hecho su efecto... si usted tenia al fin los pendientes que deseaba!

CLOT. ¡Ah!... (Se los quita apresuradamente)

ALB. (Con emocion.) Tu triunfo era muy fácil, Clotilde.—Pero ahora estoy tranquilo... ahora sé que tus disgustos son ficticios, que tus lágrimas son mentidas. (Movimiento de súplica de Clotilde.) ¡No!... Ya no las creeré... y este será tu castigo. El dolor es sagrado, Clotilde: es una prueba que Dios da á la vida... y nunca hay razon para parodiar el dolor.—¡Adios! (Va á marcharse.)

CLOT. (Lanzándose á él y deteniéndole.) ¡No... no te irás! ¡Yo no quiero que te vayas! Mira... ya no lloro. Si, tienes razon: mis lágrimas son fingidas... pero mi sonrisa... ¿crees aun en mi sonrisa?

ALB. (Mirándola fijamente.) ¡Esa emocion... ese sobresalto!..... ¡Algun otro motivo!...

DELF. Pues bien, si; lea usted. (Le da la carta.)

ALB. ¿Esta carta?...

CLOT. (Queriendo impedir que la lea.) ¡No... no!...

ALB. Es preciso que yo la lea. Déjame. (La lee rápidamente.) ¡Qué veo! (Da un paso hácia el fondo.)

CLOT. (Llorando y tendiéndole los brazos.) ¡Alberto!... ¡Alberto!...

ALB. (Sin poder resistir á su emocion y yendo á Clotilde.) ¿Son ahora verdaderas? ¿Tiemblas por mí? ¿Es por mí por quien lloras? ¡Oh, no temas! ¡Amado de tí... viviré! ¡Déjame, Clotilde! (Va á marcharse: Narciso aparece sombrio, con dos espadas debajo del brazo izquierdo y una caja de pistolas en la mano derecha. Viene seguido de Juan.)

NARC. ¡Es tarde! (Deja las armas sobre la mesa.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, NARCISO y JUAN.

ALB.
CLOT. } ¡Narciso!
DELF.

NARC. Si, Narcisito. (Lentamente y como á quien le ha sucedido un fracaso.) Encontré á los tres oficiales: les di toda clase de explicaciones... con este espíritu conciliador y pacífico (A Delfina.) que tú me conoces. No quisieron escucharlas: es verdad que ellos hablaban inglés y yo español; pero en fin, no parecia que prestaban mucha atencion.

ALB. (Impaciente.) Acaba... acaba.

NARC. Espera, hombre.—Viendo esto, me dije: siete años que

he estado rompiendo floretes, deben haberme dado algun aplomo: veamos si el maestro me roba el dinero. Juan me ha servido de padrino: he herido á un inglés... y los otros dos han escuchado atentamente mis explicaciones pacíficas.

JUAN. (Declamando.) «¡Y su potente brazo
vengó su deshonor!»

NARC. (A Alberto.) ¿Sabes que despues de todo no es tan brava la terrible Albion?

ALB. ¿Conque te has batido?

NARC. Perfectamente. Y son muy buenos chicos, mira; sumamente amables... en inglés, se entiende.

JUAN (A Alberto, con admiracion, señalándole á Narciso.) ¡Si viera usted qué bien hace los cupés!

NARC. ¡Ah! Nos han convidado á almorzar. (A Delfina.) Ya eso es algo.

DELF. ¡Mi buen Narciso!...

CLOT. Y bien, Alberto... ¿Olvidas? ¿Perdonas?

ALB. ¡Clotilde mia! (Tendiéndole la mano. Ambos hablan entre sí y se retiran un poco hácia la izquierda.)

DELF. (A Narciso, contemplándolo.) ¿Conque eres hombre de valor?

NARC. (Sencillamente.) Asi parece.

DELF. ¡Sabes que ha sido un rasgo magnífico!...

NARC. ¿Te se figura á tí?...

DELF. ¡Ya lo creo! ¡Admirable!—Ahora sí que puedes pedirme cuanto quieras ..

NARC. ¿Si? Pues ya encontré el medio. Cada vez que necesite dinero mataré un hombre.

DELF. ¿Batirte otra vez? ¡Jamás! No lo consentiré.

NARC. ¿No? Pues dame la llave del cajon.

DELF. ¿Cómo?...

NARC. (Haciéndose el bravo) ¡Mira que si no!!...

DELF. Ahí va. (Dándosela.) Te la confio. (Ap.) Yo sé llorar...

NARC. ¡Ah! Dime, Delfina, ¿por qué las mujeres lo obtienen todo cuando lloran, y los hombres no?

DELF. Porque las mujeres son bonitas... hasta cuando lloran, y los hombres...

NARC. (Acabando la frase.) Son siempre feos. (Señalando á Juan.) La verdad es que este es un fenómeno.

JUAN. (De pronto.) Voy á hacer la cama del número cuatro. (Váse contoneando y andando á pasos muy menuditos.)

NARC. (Adelantándose al público y mirando á todos lados.)
Y bien... niñas del alma,
sirva de ejemplo:
las mujeres que lloran
no hacen ya efecto.

DELF. (Ap. al público, confidencialmente.)
Llorad, no obstante,
que á la fin se consiguen
buenos brillantes.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 20 *de diciembre de* 1858.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

pobre.
isco el inclusero.

a por honra.

segunda.

de Arco.
a de Nápoles.

s de Dios.
la y Romeo.

nfarrones del vicio.
lt sara.
el en copa de oro.
zo me llamo, ó carbonero
Toledo.
mores de la niña.
mpana vengadora.
sis.
egria de la casa.
ujeres de mármol.
rte del Rey poeta.
es manias, ó cada loco con
tenia.

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.
Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda.

Oráculos de Talia, ó los duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

sia por Valladolid.
ibra á este caballero.
ima hora.

to, pirita y alcohol.
lo y soltero.

minutos de reinado.
sisenando. *(La música.)*

or y el almuerzo
ometc. *(La música.)*
mpeta del archiduque
nábulo.
as en Chamberí.
rez.

s á Dios que está puesta
acsa.
a é muerte. *(La música.)*
or liebre.

torra.
das de Juanita.
ma del Rey. *(La música.)*
s ciegos.
tuela.

La flor de la serrania.

Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. *(La música.)*
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. *(La música.)*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El daminó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. *(La música.)*
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La música.)*
La caceria real. *(La música.)*
La Pasion. (drama sacro-lirico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Frances.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Martinez y Rino.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Carlos.
Castellon.	Carratalá.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca	Mariana.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Esteban.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	Garcia.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osorno é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Mérida.	Diaz.
Martos.	Garcia.
Oviedo.	Pruneda y Mantarás.
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo.
Pamplona.	Rios y Barrena.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Ponteredra.	Aspa.
Puerto de Sta. Maria.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y Tomas.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres.
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra.
Santander.	Basañez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez y compañía.
Segovia.	Rebolla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Menezes.
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Rodriguez.
San Martin de Valdeiglesias.	Cisneros.
Segorre.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez de Castro.
Toro.	Tejedor.
Tuy.	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez Dios.
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. Andres.
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto principal.